

»dos tonos lamenta sus desgracias y su propia venganza. Las ensangrentadas orillas del Simois repiten sus lamentables acentos. Oigo á lo lejos el sonido del caramillo: ahora es cuando los pastores del monte Ida sacan á apacentar sus rebaños en los risueños valles. »Una nube se extiende sobre mis pesados párpados; una dulce languidez se apodera de mis sentidos: el sueño derramado por la Aurora es el mas delicioso.»

Preciso es confesar que no se encuentran semejantes cosas en nuestras tragedias modernas, por mas perfectas que sean, y convengamos de buena fe en que Shakespeare supo algunas veces valerse de esa naturalidad de sentimiento y de esa sencillez de imágenes. Ese coro de la tragedia de Eurípides recordará fácilmente al lector el diálogo de Romeo y Julieta: «Es la alondra la que canta, etc.»



EL JÓVEN EDVIN GUARDANDO SU CANADO.

Mas si de la escena trágica hemos desterrado esas pinturas pastoriles que dulcificando el terror aumentaban la *compasion*, porque como dice Fenelon, hacian *sonreir sobre un fondo de agonía*, las hemos transportado (y con muy buen éxito) á obras de otro género. Los modernos han dilatado y enriquecido el dominio de la poesía descriptiva; Mr. Michaud lo acredita en varios pasajes.

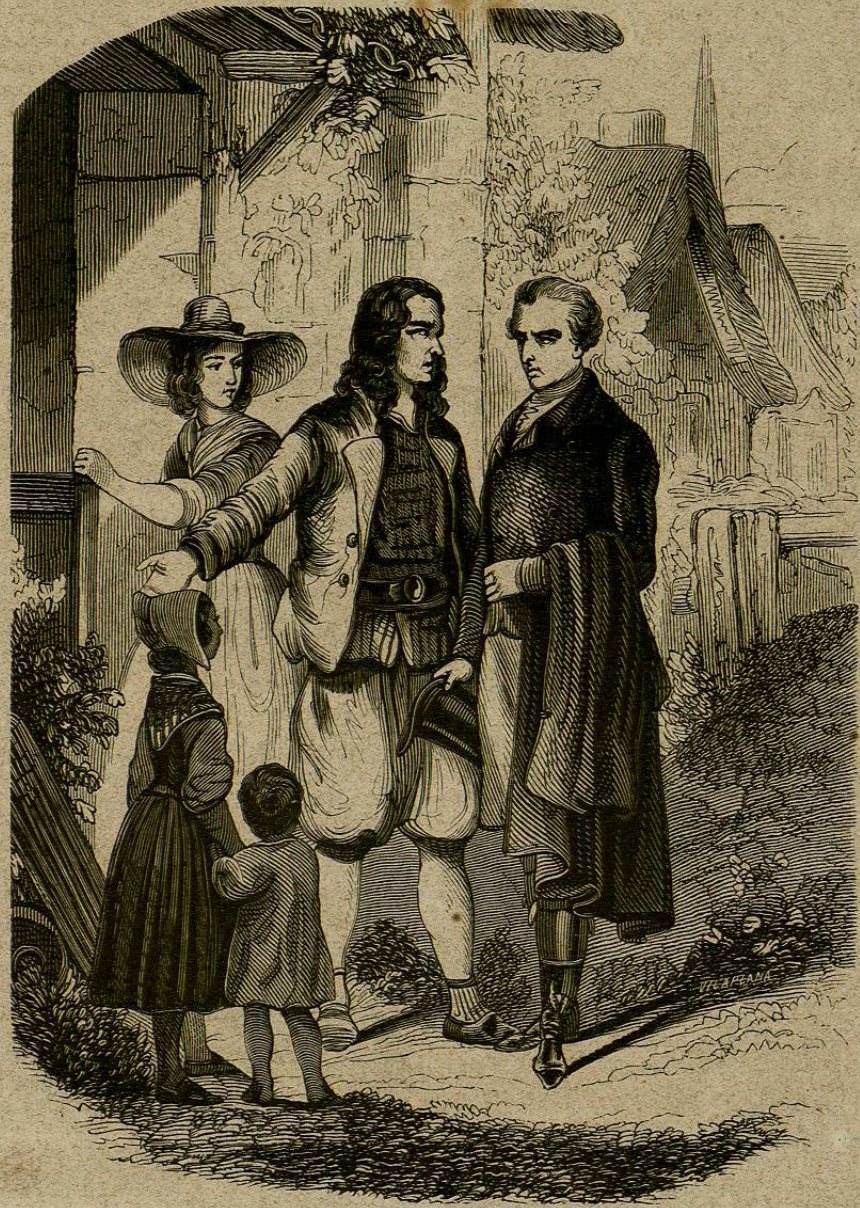
«El astro del día, pronto á desaparecer, sonríe aun

desde la cima de los montes á las flores que se abrieron á su salida. Al través de los elevados techos de las casas se ve brillar en lontananza el límpido azul del cielo sereno, y el faro que allá en la opuesta orilla baña de claridad toda la playa presenta á las miradas luces fascinadoras que reaniman los pálidos crepúsculos del ocaso.»

«El cantor de la primavera, fiel habitante de estos valles, encanta el eco de la próxima noche con nuevos

lamentos. Oculto en el bosque, entre el espeso ramaje, canta pesares desconocidos á las musas, en tanto que la selva atenta á su voz repite sus dulces acentos y su melancólica canción, la muda Aracne suspende al espinoso arbusto y al tronco del antiguo roble sus largas y delicadas redes. Un resto de claridad

penetra aun por el ramaje, se resbala por la superficie del río y viene á espirar en la orilla. El insecto que un mismo sol ve nacer y morir, brilla un momento con el último resplandor del día y perece. La codorniz tan extranjera como yo en estos campos hace resonar el eco con su canto, nuncio de la primavera.



EL LABRADOR DANDO ASILO AL PROSCRIPTO.

»El conejo imprudente sale de su madriguera y viene á caer en el lazo que el cazador le ha armado y la perdiz tranquilizándose con la venida de las sombras pide á los ecos su extraviada compañera.»

Esta es ocasion de hablar de un cargo que Mr. Michaud nos ha hecho en su disertacion preliminar, combatiendo con tanto criterio como finura nuestra opinion acerca de la poesía descriptiva, dice: «El autor del *Genio del cristianismo* atribuye el origen de la poesía descriptiva á la religion cristiana... que

destruyendo el encanto de las fábulas mitológicas ha puesto los poetas en el caso de buscar el móvil de interés en la verdad y en la exactitud de sus cuadros, etc.»

Piensa el autor del poema de la *Primavera* que nos hemos engañado.

Por de prento conviene saber que no hemos atribuido el origen de la poesía descriptiva al cristianismo, no hemos hecho mas que atribuirle su desarrollo y esto nos parece una cosa muy diferente. Además

también nos hemos abstenido de decir que el cristianismo destruye el encanto de las fábulas mitológicas; por el contrario no hemos hecho más que probar que todo lo que hay de hermoso en la mitología como las alegorías morales, etc., puede también ser empleado por un verdadero poeta cristiano, y que la verdadera religión no ha quitado a las musas más que las ficciones poco interesantes ó fastidiosas del paganismo. ¿Tanto debe echarse de menos la pérdida de las alegorías físicas? ¿Qué importa que Júpiter sea el éter, ó que Juno sea el aire? Mas puesto que un crítico (Mr. Fontane) cuyos juicios son leyes, ha creído tener que combatir también nuestra opinión por lo tocante al uso de la mitología, permitáenos recordar el capítulo que constituye el objeto de la discusión.

Después de haber demostrado que los antiguos apenas conocieron la poesía descriptiva en el sentido que damos á esta palabra, después de haber hecho ver que ni sus poetas, ni sus filósofos, ni sus naturalistas, ni sus historiadores han hecho descripciones de la naturaleza, dijimos:

No puede sospecharse que hombres tan sensibles como eran los antiguos careciesen de ojos para ver la naturaleza ó de talento para pintarla. Preciso es, pues, suponer que influyó alguna cosa muy poderosa. Esta causa no pudo ser otra que la mitología, que poblando el universo de elegantes fantasmas, quitaba á la creación de su gravedad, su grandeza, su melancolía y su soledad. Fue necesario que el cristianismo viniera á espulsar todo ese pueblo de faunos, de sátiros, y de ninfas para devolver á las grutas su silencio y á las selvas sus quiméricas ilusiones. Los desiertos han tomado con el culto cristiano un carácter más triste, más vago y más sublime, la bóveda de los bosques se ha espaciado, los ríos han roto sus pequeñas urnas para no derramar más que las aguas del abismo desde la cima de las montañas. El verdadero Dios, al resplandecer patentemente en sus obras, ha dado su inmensidad á la naturaleza...

Pueden los silvanos y las náyades lisonjear agradablemente la imaginación, con tal que no sean incesantemente reproducidos. No queremos

Espulsar los Tritones del imperio del agua
quitar á Pan su flauta, ni á Diana el carcaj.

¿Mas qué es lo que todas esas ficciones dejan en el fondo del alma? ¿qué bienes resultan para el corazón? ¿qué frutos para el pensamiento? ¡Ah! el poeta cristiano está mucho más favorecido en la soledad donde Dios se pasea con él! Libres del tropel de ridículos dioses que poblaban su recinto, los bosques se ven llenos de una inmensa divinidad. El don profético y el de la sabiduría, el misterio y la religión parecen residir eternamente en sus calladas sombras. Penetrado en los bosques americanos tan antiguos como el mundo, etc., etc.

Sentado el principio en esta forma, nos parece inatacable por lo menos en cuanto al fondo, si bien es cierto que puede disputarse acerca de algunos detalles. Tal vez se nos preguntará si no encontramos nada de hermoso en las alegorías antiguas. Hemos contestado ya á esta pregunta en el capítulo en que distinguimos dos clases de alegorías, la moral y la física. Mr. de Fontanes nos ha hecho la objeción de que los antiguos conocían también esa divinidad solitaria y terrible que habita en los bosques. Ya habíamos manifestado nosotros no ignorarlo, cuando dijimos: «En cuanto á esos dioses desconocidos que los antiguos suponían residir en los bosques desiertos, y en sitios de profunda soledad, es indudable que producían un buen efecto; pero no pertenecían al sistema mitológico: en lo relativo á este particular el espíritu humano retrocedía á la religión natural. Lo que el viajero adoraba temblando al pasar por semejantes soledades era una cosa ignorada, una cosa cuyo nombre

no sabía, y que clasificaba con la denominación de *divinidad del sitio*. Algunas veces le daban el nombre de *Pan*, y sabido es que este era el dictado que equivale al de *Dios universal*. Las grandes emociones que inspira la naturaleza salvaje, no han dejado de existir, y los bosques conservan todavía para nosotros su formidable divinidad.»

El excelente crítico que acabamos de citar sostiene también que ha habido pueblos idólatras que conocieron la poesía descriptiva. Así es en efecto, y nosotros habíamos aducido ya esa misma circunstancia en favor de la nuestra, puesto que las naciones que no conocieron la mitología griega, son las únicas que tuvieron alguna idea de esa hermosa y sencilla naturaleza disfrazada por el sistema mitológico.

Dícese que los modernos han abusado de la poesía descriptiva. ¿Hemos dicho por ventura lo contrario? Véase lo que terminantemente dijimos sobre el particular. «Se nos objetará que los antiguos tenían razón en considerar la poesía descriptiva como parte necesaria; pero no como objeto principal del cuadro: así lo pensamos también nosotros: grande es el abuso que en la actualidad se hace de la poesía descriptiva; pero el abuso no es la poesía, ni por él se deja de ser menos cierto que tal cual existe es un nuevo recurso en nuestras manos, y que ha dilatado el campo de las imágenes poéticas sin privarnos por eso de la pintura de las costumbres y las pasiones en la misma forma que la usaron los antiguos.»

Finalmente, Mr. Michaud piensa que el género de *poesía descriptiva tal como hoy se halla establecido, no principió á ser un género distinto hasta el siglo próximo pasado*. Pero, ¿es ese el fondo de la cuestión? ¿Probaría esa circunstancia que la poesía descriptiva no fuese debida á la religión cristiana? Por otra parte, ¿será cierto que no se remonta más que á ese siglo? En nuestro capítulo intitulado: *Parte histórica de la poesía descriptiva entre los modernos*, hemos seguido sus progresos; la hemos visto principiar en los escritos de los Padres del desierto; de allí comunicarse hasta á las obras históricas, pasar á los romanceros y poetas del Bajo Imperio, mezclarse de allí á poco con la poesía de los árabes y llegar finalmente bajo el pincel del Ariosto y del Taso á un género de perfección demasiado distante de la verdad. Los grandes escritores franceses del siglo de Luis XIV desecharon esa poesía descriptiva italiana que no hablaba más que de rosas, de cristalinas fuentes y de selvas frondosas. Los ingleses al adoptarla la despojaron de su afectación; pero también la hicieron caer en otro extremo recargándola de detalles. Pasó por último á Francia en el siglo que acaba de trascurrir, y se perfeccionó bajo la musa de los SS. Delille, Sain-Lambert y Fontanes, adquiriendo en los prosistas Buffon y Bernardino de Saint-Pierre una belleza que hasta entonces nunca había tenido.

No juzgaremos de ella por nuestra propia opinión, pues vale muy poco, y ni siquiera podemos contar para mañana como Chaulieu

Con algo de destreza y mucho de esperanza.

Pero apelaremos al mismo Mr. Michaud. ¿Cuándo hubiera llenado sus poesías de tan agradables descripciones de la naturaleza, si el cristianismo no se hubiera tomado la tarea de limpiar los bosques de antiguas driadas y eternos céfiro? ¿No habrá tal vez sido seducido el autor del poema de la Primavera por su propio triunfo? En sus cartas sobre el *sentimiento de la compasión* ha hecho un elegante uso de la Fábula, y nadie ignora que Pígalion adoró su estatua. «Psiquis quería ver al Amor, dice Mr. Michaud, aproximó la fatal lámpara y el Amor huyó para siempre. Psiquis en lengua griega significa alma. La antigüedad trató de demostrar por medio de esta alegoría

que el alma ve desvanecer sus más dulces afectos á medida que trata de penetrar el objeto.» Ingeniosa es la explicación; pero ¿será cierto que la antigüedad la entendió de ese modo? Ya hemos tratado de demostrar que el encanto del misterio, en los sentimientos de la vida, es uno de los beneficios que debemos á las delicadezas de nuestra religión. Si la antigüedad idólatra inventó la fábula de Psiquis, nos parece que esa interpretación no se debe sino á un cristiano.

Aun hay más: al desterrar el cristianismo las fábulas del campo de la naturaleza, no solo ha devuelto su grandiosidad á los desiertos, sino que además ha introducido para el poeta otra especie de mitología llena de atractivos en la *personificación* de las plantas. Cuando el heliotropo era siempre Clitias, y el moral siempre Tisbe, etc., la imaginación del poeta necesariamente debía hallarse limitada, pues no habría podido sin cometer una impiedad, animar la naturaleza con otras ficciones que las consagradas por la pública credulidad. Pero la musa moderna transforma á su placer todas las plantas en ninfas, sin perjuicio de los ángeles y de los espíritus celestes que puede suponer en la cima de los montes, á lo largo de los ríos y en el seno de los bosques. Cierto es que puede todavía abusarse mucho de la *personificación*, y que Mr. Michaud se burla justamente del poeta Darwin que en sus *Amores de las plantas* representa la *Genista* (retama) *paseándose tranquilamente á la sombra de los bosquecillos de mirto*. Mas si el autor inglés es uno de esos poetas de que habla Horacio, que están condenados á hacer versos por haber deshonrado (MIXERIT) las cenizas de sus padres, nada se prueba con eso por lo tocante al fondo de la cuestión. Si otro poeta con más gusto y buen criterio se propone describir los *Amores de las plantas*, es seguro que no le faltarán agradables cuadros con que embellecer su narración. Cuando en los capítulos que Mr. Michaud ataca hemos dicho:

«Ved todas las flores de este valle en profunda calma al despuntar la aurora; inmóviles sobre su tallo doblénganse en mil actitudes diversas, y al parecer miran á todos los puntos del horizonte. En ese mismo instante en que suponéis que todo permanece tranquilo, se está consumando un gran misterio; la naturaleza está concibiendo y esas plantas son otras tantas jóvenes madres que se inclinan hácia la región misteriosa de donde les debe venir la fecundidad. Las silidas tienen simpatías menos aéreas, y comunicaciones menos invisibles. El narciso entrega á los arroyos su virginal raza; la violeta confía á los céfiro su modesta posteridad; una abeja va cogiendo miel de flor en flor y sin saberlo fecunda toda una pradera; una mariposa lleva un pueblo entero bajo sus alas; un mundo desciende en una gota de rocío. Sin embargo, no todos los amores de las plantas son igualmente tranquilos; los hay también borrascosos, como los de los hombres. Preciso es que las tempestades se encarguen de maridar el cedro del Líbano con el del Sinaí, allá en las alturas inaccesibles, en tanto que al pie del mismo monte basta un manso varecillo para establecer un comercio de voluptuosidad entre las flores. ¿No es así como el soplo de las pasiones agita á los reyes de la tierra en sus tronos, en tanto que los pastores viven dichosos á sus pies?»

Imperfecto es sin duda ese cuadro; mas por ese débil bosquejo puede inferirse el interés que un hábil poeta habría podido sacar del asunto. Cuando el hombre salvaje, vagando por los bosques, satisface las primeras necesidades de la vida, sintió nacer otra en su corazón, y fue la de un poder sobrenatural que apoyara su debilidad. La caída de un riachuelo, el murmullo del viento solitario, todos los rumores que producen la soledad, todos los movimientos que animan los desiertos, le parecieron tener conexión con esa causa oculta. La casualidad enlazó esos efectos loca-

les á ciertas circunstancias prosperas ó adversas de sus cacerías. Un color particular, un objeto singular ó nuevo le afectó tal vez al mismo tiempo, y de aquí provinieron el *manitu* del habitante del Canadá y el *fetiche* del negro, primera expresión de todas las mitologías.

Una vez desarrollado ese elemento de falsas creencias, se abrió la carrera de todas las supersticiones humanas. Los afectos del corazón se trocaron sucesivamente en divinidades tanto más peligrosas, cuanto más amables habían sido. El salvaje que había levantado el monte de la tumba á su amigo, y la madre que había devuelto su hijo á la tierra vinieron cada año al caer de las hojas á derramar, el primero, lágrimas, y la segunda el humor de sus pechos sobre el césped sagrado: los dos creyeron que aquellos ausentes tan echados de menos, constantemente vivos en su memoria no podían haber dejado de existir. La Amistad derramando lágrimas sobre un fúnebre monumento fue sin duda la que adivinó el dogma de la inmortalidad del alma y proclamó la religión de las tumbas.

El hombre al salir de las selvas se asoció á sus semejantes, y no tardó el agradecimiento ó el terror de los pueblos en colocar los legisladores, los héroes y los reyes en la categoría de las divinidades. Al mismo tiempo algunas inteligencias favorecidas del cielo, un Orfeo, un Homero, aumentaron los habitantes del Olimpo: su imaginación creadora transformó los accidentes de la naturaleza en espíritus celestiales, los nuevos dioses siguieron reinando por mucho tiempo en la encantada fantasía de los hombres. Anaxágoras, Demócrito y Epicuro intentaron levantar estandartes contra la religión de su país. Pero (¡triste encadenamiento de errores humanos!) Júpiter, que sin duda alguna era una abominable divinidad, valía menos por ventura armado del rayo, y siendo vengador del crimen, que unos átomos puestos en movimiento, y que la materia eterna?

A la religión cristiana estaba únicamente reservado el derribar los altares de los falsos dioses sin sumergir los pueblos en el ateísmo, y sin destruir los encantos de la naturaleza. Aunque fuera cierto que el cristianismo no pueda suministrar á los poetas lo maravilloso con tanta profusión como la mitología, todavía á pesar de eso sería cierto (y Mr. Michaud no podrá menos de confesarlo), que ha hecho nacer una cierta poesía del alma, ó más bien diríamos tal vez una imaginación del corazón, de la cual no se encuentra vestigio alguno en el sistema religioso del paganismo. Las interesantes bellezas que emanan de ese origen recompensan ampliamente todas las ingeniosas fábulas de la mitología griega. En los cuadros del paganismo todo es máquina y resorte, todo es exterior, todo propende únicamente á cautivar la vista; en las pinturas de la religión cristiana, todo es idea y pensamiento, todo es interior, todo habla al espíritu. ¡Qué encanto de meditación! ¡Qué profundidad de miras! Mas atractivos hay en una de esas lágrimas divinas que el cristianismo ha hecho derramar, que en todos los risueños errores de la mitología. Con una *Virgen de los Dolores* con una *Madre de Misericordia*, con un santo oscuro, patron del ciego, del huérfano, ó del desvalido, puede un autor escribir una página que conmueva el corazón más que con todos los supuestos dioses del Olimpo. Eso sí que merece llamarse maravilloso. Mas si aun se desea elevarlo á un grado más sublime, fíjese la atónita atención en la vida y en los dolores de Cristo, y téngase bien presente que uno de sus dictados es el de *Hijo del hombre*. Nos atrevemos á pronosticarle: día vendrá en que causará admiración el haber podido desconocer las admirables bellezas que existen hasta en los nombres, hasta en las simples expresiones del cristianismo, y entonces costará trabajo creer que ha habido quien haya sido capaz de burlarse de esa celestial religión del corazón y de la desgracia.